

tareas. Las noches eran, por aquellos días, calurosas, y los ciudadanos, insomnes, se quedaban hasta altas horas por las calles o acodados en las ventanas de sus casas. Ya en el silencio de la noche más profunda, bajo el cielo brillante del Pacífico, se comenzaron a oír unos extraños sonidos a los que se unía un arrastre de piedras que bien podría ser el trote de algún animal pesado. La gente de Valparaíso no podía conciliar el sueño: los toros mugían por el laberinto subterráneo de la ciudad, buscando una salida, embistiendo a la oscuridad. Salieron durante el día a su búsqueda, sin encontrarlos; pero en las noches, hambrientos y temerosos, los toros mugían y trotaban, buscando la salida al mar, en la clara ciudad de Valparaíso.

El miedo

Había descubierto un núcleo, único y precioso, al que atribuyó los valores de lo que llamamos identidad y que al pasar el tiempo no tuvo más remedio que llamar su propia vida. Un día, sin esperarlo, llegaron los otros: parecían llevar allí siglos y nada hacía pensar que desistirían en su empeño. Decidió, sin decírselo, tentada por el límite, permanecer en la orilla, haciendo ver que existía pero inasequible al mundo, salvo en esos raros momentos en los que la distracción o el milagro olvidaban al testigo de su preciosa e inútil identidad. Alguien dibujaba una puerta y entraba pero no tardaba en comprender que allí no había nadie: leve encarnación que las palabras disipaban. Tras la puerta, otra puerta daba a un pasillo donde ella dibujaba los paramentos de cristal que creaban a un tiempo la ilusión del mundo y del yo. No creía especialmente en sí, pero su creencia estaba alimentada por el miedo: si el otro entra yo seré, a mi vez, otra: ¿quién? Si declaro desde el latido de la sangre la existencia irreductible de ese extremo, habré de reconocerlo en mí: caer, caer sin fin en la vasta existencia. No la mirada que se mira mirar el mundo: el mundo de la mirada, la mirada mundo, el camino reversible. Había descubierto algo que no existía y quería llamarlo con su propio nombre. No pudo.

La vida y los libros

La disyunción entre los libros y la vida es tan antigua como los primeros. ¿Vivir o leer? ¿Vivir o escribir? No hace tanto que la palabra escrita causaba un cierto horror, como si la grafía pudiera detener el flujo de la vida. Aunque en el principio del cristianismo está el verbo, Cristo no escribió, aunque fue, al parecer, docto. Sócrates, parlanchín hasta el cansancio (de los otros) tampoco escribió, tampoco el Buda. Si leemos el *Eclesiastés* encontraremos allí esta frase: «Faciendi plures libros nullos est finis», que traducido por el gran Cipriano de Valera dice así: «No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne». Un poeta francés que soñó

escribir un libro que fuera el doble del universo, eliminando así la dependencia ontológica que toda palabra tiene de aquello de lo que parece tomar el ser —hablo de Mallarmé—, escribió este conocido verso: «La chair es triste, hélas! et j'ai lu tous les livres». Haber leído todos los libros y pensar que la carne es triste es muy fin de siglo y, sobre todo, realmente descorazonador, porque supone haber pensado que los libros no sólo no se acaban nunca sino que su sentido puede acabarse en cualquiera de ellos. Respecto a la carne, no me pronuncio. ¿Vivir, escribir, leer? Tal vez salir de la contradicción, aceptar la paradoja.

Ecología

De temer a la naturaleza a su dominio, de éste a la conciencia de que debemos protegerla, de que si seguimos a la misma velocidad, la alteración y contaminación de la naturaleza acabará con nosotros. Ahora es nuestra propia mano, el producto de uno de los aspectos del progreso, que vuelve para señalarnos que no progresamos, que llenar las ciudades de coches inútiles y nuestras casas de botes de plástico no nos da más comprensión de nosotros mismos ni más felicidad. Hemos alcanzado, al menos los occidentales, el momento de mayor libertad de la historia y, al mismo tiempo, uno de los grados más extremos de alejamiento del sentimiento sin el cual la vida carece de sentido: reconciliación. Somos historia, pero también naturaleza. El hombre se ha afirmado al separarse de la continuidad natural, cierto, pero su *no* no significa la creación de una antinaturaleza sino el momento en que ésta toma conciencia de sí misma. Es un abismo y un puente. El puente lo estamos separando cada vez más y la otra orilla se disipa como un sueño: si no cuidamos nuestro entorno, si no tomamos conciencia de que la producción no puede seguir siendo indiscriminada, caótica, no contaminante (física y psíquicamente) el siglo del progreso abrirá de par en par las puertas de la muerte.

La agitación y el movimiento

Si inspirándonos en el gran químico ruso Illya Prigogin, aceptamos que tanto el cerebro como el universo son creativos gracias a sus momentos de desequilibrio, el año 1991 nos ha ofrecido, en el campo de la historia (tiempo al fin y al cabo) una buena dosis de caos que nos sitúa frente a un reto grande. Es verdad que nada de lo que ha ocurrido en este año ha nacido en él: ni la Guerra del Golfo, ni la desmembración de la URSS, ni la guerra en Yugoslavia, por poner los acontecimientos más sonoros: todos ellos tienen antecedentes, en ocasiones remotos. Pero la historia tiene epicentros, días claves, fechas emblemáticas, y una de las que quedarán en la historia será la de 1991. Para redondear el presupuesto, los dirigentes rusos Gorbachov y Bo-

ris Yeltsin se comieron las uvas firmando la definitiva extinción de la Unión Soviética. Los ciudadanos de a pie nos tragaremos las uvas (la historia a veces se traga más que se come o deglute) en sus doce porciones de caos que, entre todos, debemos entender. El tiempo que se nos abre es nuevo, es un verdadero final en el sentido de que asistimos al fin de una noción de la historia, al fin de las utopías nacidas en caldo de cultivo religioso y remozadas con las ideas científicas y políticas del Renacimiento y, sobre todo, de finales del siglo XVIII y principios del XIX. El planeta se ha hecho aldea; la aldea, mundo. Todos los espacios son comunicantes y Las Hurdes se comunican con New York y São Paulo. El caos está servido, nos resta hallar el movimiento en la agitación.

Lo que falta

El gran poeta de lengua francesa Saint-John Perse se preguntaba qué era lo que faltaba en cada cosa. Saber lo que falta es esencial para no confundir el rábano con las hojas, la historia con la metafísica, la religión con la economía. A todos nos ha pasado oír —en una de esas discusiones más o menos acaloradas— pedir al gobierno respuestas que sólo a la intimidad más personal o al dios de turno podrían demandársele. En nuestro siglo, producto de los malabarismos de la razón de los siglos XVIII y XIX, los dioses se han retirado, o más bien el Dios, el cristiano, ese dios tan laico: queda, pues, la historia, pragmática, confusa, inesperada y, de tan ancha, ajena.

Frente a ella, el individuo de finales de este milenio no sabe si lo que falta está en él o en la voracidad del mercado, en los dirigentes nacionales e internacionales o en el sistema linfático de su ordenador... Es cierto que lo que llamamos individuo es todo menos individual; es un producto de millones de relaciones, pero incluso así, diríamos con lenguaje algo antiguo pero aún vivo, tiene alma, y el alma no es de Dios ni del gobierno de turno: es suya. Así que asúmala y cuidela como si se tratara de su propio jardín. Y al gobierno, lo que es del gobierno.

El agujero negro

El agujero negro, digo —es un decir—, es el gran egoísta del universo: pequeño y condensador, avaro que recuenta cada noche la innumerable cifra de su energía. Se sabe que existe pero no ha sido visto, sólo se le intuye por el material que acarrea a las puertas de su voracidad. Es el resultado de un colapso gravitatorio que ha impedido a su masa a comprimirse de manera hiperbólica. Al agujero negro le ha faltado espiralidad. Sin la espiral la gravitación aumenta el peso de su fatalidad: consigue ser más él que nadie a fuerza de no poder ser nada más que eso. Es absolutamente rico pero no gasta nada, ni siquiera alumbrar un poco. Energía oscura, fecal. Convierte

a lo variado del universo (lo diverso) en lo uno de sí. El agujero negro es el ricachón del universo, un rico que no se lleva bien con nadie porque no gasta un átomo. Es intratable. Ni recicla ni transforma, es un puño. No se le puede prestar nada porque nada devuelve. No dialoga; acepta, eso sí, todo, pero no suelta palabra. No es especular ni dialéctico: es un misterioso solitario que no sufre compañía ni siquiera de sus semejantes. Un monstruo así atrae, parece tan inteligente como el que no habla nunca y sobre el que todos se hacen preguntas: cómo será, que habrá en su interior... El agujero negro es un barroco negativo, la soledad hiperbólica.

Reconciliación

El Mundo pierde pie mientras se aguarda. Es un vislumbre, en la tensión del propio deseo, de esa única realidad que hace real al mundo, o, más exactamente: que promete hacerlo. Es pura inminencia.

Esperar es, en su misma pasividad activa, el inicio de una presencia que amenaza con negarnos, de ahí que el espacio en que nos convertimos tenga los signos de lo ominoso al tiempo que los del esplendor. El que espera semeja a un arco que agranda su curvatura para dar alcance a su objeto.

Busca la inclinación del mundo; sabe que en el desplazamiento de su parábola ha comenzado un cuerpo que habrá de responder desde el otro lado. De lo contrario, en su dinamismo, ese mismo espacio se replegará mil veces hasta evidenciar, como una herida, que sin la presencia anunciada en el movimiento primero del deseo, no hay uno.

Que uno, en rigor, no existe ni valdría la pena que existiera si la voz no viene del otro lado. Un lado que es, radicalmente y sin contradicción, el espacio más propio. Esperar es dilatar el espacio para que tú toques el umbral, para que yo acuda a la memoria.

Juan Malpartida

